colinas que parten del mismo nudo central, y como cubierta la cabeza por la catedral cual si fuese una tiara. Yo me hallaba en la explanada de la iglesia, delante de la puerta, y, por decirlo así, sobre la cabeza de la ciudad. Veía el lago por encima de los techos, las montañas por encima del lago, las nubes por encima de las montañas, y las estrellas por encima de las nubes. Era como una escalera que mi pensamiento iba subiendo peldaño á peldaño y que se hacía mayor á cada grada. Usted, como yo, ha notado que, al anochecer, las nubes enfriadas se alargan, se aplanan y toman formas de cocodrilos. Uno de esos grandes cocodrilos nadaba lentamente en el aire, hacia el Oeste; su cola obstruía un pórtico luminoso erigido por las nubes en el ocaso; de su vientre caía una lluvia sobre Ginebra envuelta entre las brumas; dos ó tres deslumbradoras estrellas salían de su boca como chispas. Debajo, el lago, sombrío y metálico, se extendía por las tierras como un charco de plomo fundido. Algunas humaredas trepaban por los techos de la ciudad. Hacia el mediodía el horizonte era horrible. Sólo se entreveían las anchas bases de las montañas ocultas bajo una monstruosa excrecencia de vapores. Esta noche habrá tempestad.

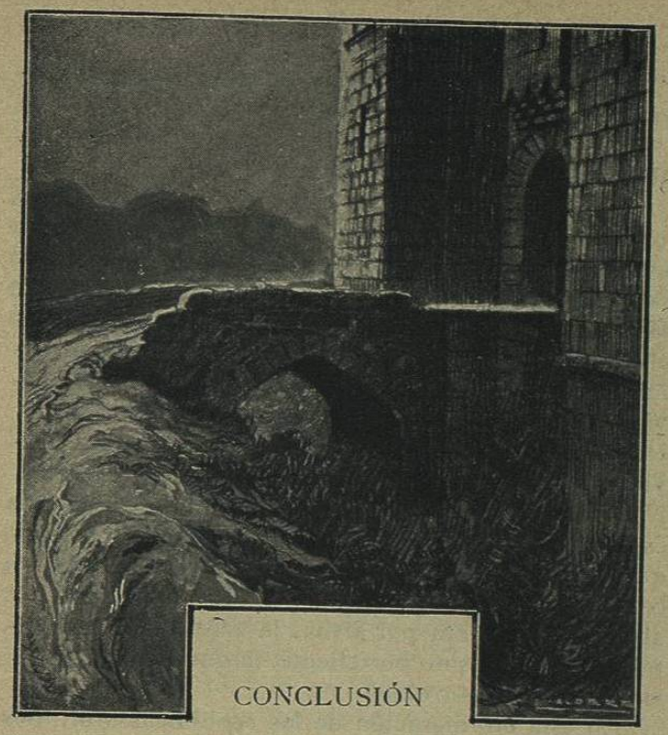
Vuelvo á casa y le escribo. Preferiría estrecharle la mano y hablarle. Y procuro que mi carta sea una especie de ventana por entre la cual pueda usted ver lo que yo veo.

Adiós, Luis, hasta pronto. Ya sabe cuanto le quiero; quiérame usted mucho.

Está usted haciendo muy bellas cosas, estoy seguro; yo pienso algunas buenas, y son para usted; pues usted se halla en primera línea entre las personas que yo quiero. ¿Ya lo sabe, verdad?

Estaré en París dentro de diez días.

CONCLUSIÓN



CONCLUSIÓN

I

He aquí de qué modo estaba constituída la Europa en la primera mitad del siglo XVII, hace poco más de doscientos años.

Seis potencias de primer orden: la Santa Sede, el Santo Imperio, Francia, la Gran Bretaña; ya diremos oportunamente cuáles eran las otras dos.

Ocho potencias de segundo orden: Venecia, los Cantones suizos, las Provincias Unidas, Dinamarca, Suecia, Hungría, Polonia y Moscovia.

Cinco potencias de tercer orden: Lorena, Saboya, Toscana, Génova y Malta.

Por fin, seis Estados de cuarto orden: Urbino, Mantua, Módena, Luca, Ragusa y Ginebra.

Descomponiendo este grupo de veinticinco Estados y reconstituyéndolo según la forma política de cada uno, se hallaba: cinco monarquías electivas, la Santa Sede, el Santo Imperio, los reinos de Dinamarca, de Hungría y de Polonia; doce monarquías hereditarias, el Imperio turco, los reinos de Francia, Gran Bretaña, España y Suecia, los grandes ducados de Moscovia y de Toscana, los ducados de Lorena, Saboya, Urbino, Mantua y Módena; siete repúblicas, las Provincias Unidas, los trece cantones, Venecia, Génova, Luca, Ragusa y Ginebra; por fin, Malta, que era una especie de república eclesiástica y militar á un tiempo, que tenía un caballero por obispo y por príncipe, un convento por cuartel, el mar por campo, una isla por abrigo, una galera por arma, la cristiandad por patria, el cristianismo por cliente, la guerra por medio, la civilización por objeto.

En esta enumeración de las repúblicas omitimos los Estados infinitamente pequeños del mundo político, no citamos ni Andorra, ni San Marino. La historia no es un microscopio.

Como acaba de verse, los dos grandes tronos electivos se denominaban *santos*. La Santa Sede, el Santo Imperio.

La primera de las repúblicas, Venecia, era un estado de segundo orden. En Venecia, el dux era considerado como persona pública, representaba propiamente á la república y tomaba asiento entre las testas coronadas. Es digno de nota que no había ninguna república entre las potencias de primer orden, pero había dos monarquías electivas, Roma y el Imperio. Y es digno de nota que no había monarquías electivas entre los Estados de tercero y de cuarto orden; pero había cinco repúblicas, Malta, Génova, Luca, Ragusa y Ginebra.

Los cinco monarcas electivos estaban todos limitados, el Papa por el sacro colegio y los concilios, el emperador por los electores y las Dietas, el rey de Dinamarca por las cinco órdenes del reino, el rey de Hungría por el palatino, que juzgaba al rey cuando el pueblo lo acusaba; el rey de Polonia por los palatinos, los grandes castellanos y los nuncios territoriales. En efecto, quien dice elección, dice condición.

Las doce monarquías hereditarias, así las pequeñas como las grandes, eran absolutas, á excepción del rey de la Gran Bretaña, limitado por las dos Cámaras del Parlamento, y del rey de Suecia, cuyo trono había sido electivo hasta Gustavo Wasa, y que estaba limitado por sus doce consejeros, por los vizcondes de los territorios y por la burguesía casi soberana de Estocolmo. A esos dos príncipes podría añadirse hasta cierto punto el rey de Francia, que tenía que contar, muy rara vez, es cierto, con los Estados Generales, y algo más frecuentemente con los ocho grandes parlamentos del reino. Los dos pequeños parlamentos de Metz y de la Baja Navarra no se permitían casi representaciones; por otra parte, el rey no hubiera hecho caso de tales ladridos.

De las ocho repúblicas, cuatro eran aristocráticas, Venecia, Génova, Ragusa y Malta; tres eran ciudadanas, las Provincias Unidas, Ginebra y Luca; una sola era popular, Suiza. Empero, aun en ésta se tenía en gran estimación á la nobleza; y en ciertas ciudades no podía nadie ser magistrado si no probaba poseer cuatro cuarteles.

Malta estaba gobernada por un gran maestre de nombramiento vitalicio, asistido por ocho bailíos conventuales que poseían la gran cruz y sesenta

escudos de estipendio, y aconsejado por los grandes priores de las veinte provincias. Venecia tenía un dux de nombramiento vitalicio; toda la república vigilaba al dux, el Gran consejo vigilaba á la república, el Senado vigilaba al Gran consejo, el consejo de los Diez vigilaba al Senado, los tres inquisidores de estado vigilaban al consejo de los Diez, la boca de bronce denunciaba á veces á los inquisidores de estado. Todo magistrado veneciano tenía la lívida palidez de un espía espiado. El dux de Génova duraba dos años; tenía que contar con las veintiséis familias poseedoras de seis casas, con el consejo de los Cuatrocientos, el consejo de los Ciento, los ocho gobernadores, el podestá extranjero, los síndicos soberanos, los cónsules, la Rota, el oficio de San Jorge y el oficio de los 44 (1). Terminados los dos años, iban á buscarle al pie del palacio ducal y lo conducían á su casa diciendo: *Vostra serenità ha finito il suo tempo, vostra eccellenza se ne vada a casa*. Ragusa, microcosmos veneciano, especie de excrecencia enfermiza de la vieja Albania brotada sobre una roca del Adriático, tan buen nido de piratas como ciudad de nobles caballeros, tenía por príncipe un rector nombrado de tres maneras á un tiempo, por escrutinio, por aclamación y por suerte. Aquel enano dux reinaba un mes, tenía por tutores y vigilantes durante su autoridad de treinta días al Gran consejo, compuesto de todos los nobles, los sesenta pregadi, los once del pequeño consejo, los cinco proveedores, los seis cónsules, los cinco jueces, los tres oficiales de la lana, el colegio de los Treinta, los dos camarlengos, los tres tesoreros, los seis capitanes de noche, los tres cancilleres y los condes de fuera; y, al terminar su reinado, recibía por su trabajo

(1) Pronúnciese *el oficio de los cuatro cuatro*. Este consejo se denominaba así por haber sido instituído en 1444. Componíase de ocho hombres.

cinco ducados. Las siete Provincias Unidas se administraban por un *stathouder* que se llamaba Orange ó Nassau, alguna vez por dos, y por sus Estados Generales, en donde sentábanse los nobles, las buenas ciudades, los campesinos de las Omelandas, y de los que Holanda y Frisia excluían al clero; Utrecht lo admitía. Luca, que gobernaban los diez y ocho ciudadanos del consejo del coloquio, los ciento sesenta del Gran consejo, y el comendador de la señoría asistido por tres terciarios de San Salvador, de San Paulino y de San Martín, tenía por jefe culminante á un confalonero elegido por los proveedores. Los veinticinco mil habitantes formaban una especie de guardia nacional que defendía y pacificaba la ciudad; cien soldados extranjeros guardaban la señoría. Veinticinco senadores eran todo el gobierno de Ginebra. La Dieta general reunida en Berna, era la autoridad suprema á donde recurrían los trece cantones, regidos cada uno separadamente por su landamman ó su procurador *(avoyer)*.

Esas repúblicas, como se ve, eran diversas. El pueblo no existía en Malta, no tenía influencia alguna en Venecia, se dejaba ver en Génova, hablaba en Holanda y reinaba en Suiza. Estas dos últimas repúblicas, Suiza y Holanda, eran federaciones.

De suerte que, desde principios del siglo XVIII, en los veinticinco Estados del grupo europeo, el poder social iba bajando de gradación en gradación desde la cumbre de las naciones hasta su base, y había adoptado y practicado todas las formas que la teoría puede darle. Plenamente monárquica en diez Estados, era monárquica, aunque limitada, en siete, aristocrática en cuatro, ciudadana en tres, y plenamente popular en uno.

En este grupo construído por la Providencia, la transición de los Estados monárquicos á los Estados

populares era evidente. Y era Polonia, especie de Estado intermedio, la que participaba de los reinos por la corona de su jefe y de las repúblicas por las prerrogativas de sus ciudadanos.

Es digno de nota que en esa composición de todo un mundo, por yo no sé cuáles leyes de misterioso equilibrio, las monarquías poderosas protegían á las repúblicas débiles, y conservaban, por decirlo así, curiosamente esas muestras de la burguesía de entonces, esbozos de la democracia futura, larvas informes de la libertad. Por todas partes la Providencia tiene cuidado de los gérmenes. El gran duque de Toscana, vecino de Génova, de buena gana le hubiera quitado la Córcega; y como Luca estaba en su casa, tenía á esa mezquina república en su mano; pero el rey de España le prohibía tocar á Génova, y el emperador de Alemania tocar á Luca. Ragusa estaba situada entre dos formidables vecinos, Venecia á Occidente y Constantinopla á Oriente. Los ragusanos, inquietos á su derecha é izquierda, tuvieron la idea de ofrecer al Gran Señor catorce mil cequíes cada año; el Gran Señor aceptó, y á partir de aquel día, protegió las franquicias de los ragusanos. Una ciudad que compra su libertad al sultán, es ya en sí un hecho extraño; los resultados eran más extraños todavía. De vez en cuando Venecia rugía hacia Ragusa y el sultán se interponía; la gran república quería devorar á la pequeña, y un déspota se lo impedía.

¡Singular espectáculo! Un lobezno amenazado por una loba y defendido por un tigre.

El Santo Imperio, corazón de Europa, se componía como Europa, que parecía reflejarse en él. En la época en que nos hemos colocado, entraban en aquella vasta aglomeración que se llamaba el imperio de Alemania, noventa y ocho Estados, y se postraban á los pies del emperador; y en aquellos noventa y ocho

Estados estaban representados, sin excepción, todos los sistemas políticos que se reproducían en más vasta escala en Europa. Había las soberanías hereditarias, en la cumbre de las cuales se ponían un archiducado, el Austria, y un reino, la Bohemia; las soberanías electivas y vitalicias, entre las que los tres electorados eclesiásticos del Rhin ocupaban el primer rango; finalmente, había las setenta ciudades libres, esto es, las repúblicas.

El emperador entonces, como emperador, no tenía más que siete millones de renta. Es verdad que sus rentas extraordinarias eran considerables, y que, como archiduque de Austria y rey de Bohemia, era más rico. Sacaba cinco millones de renta nada más de la Alsacia, la Suabia y los Grisones, donde la casa de Austria poseía bajo su jurisdicción catorce comunidades. No obstante, aunque el jefe del cuerpo germánico tuviera en apariencia poca renta, el imperio de Alemania en el siglo XVII era inmenso. Alcanzaba el Báltico al norte, el Océano al ocaso, y el Adriático al mediodía. Tocaba el imperio otomano de Knin á Szolnock, la Hungría en Boszormeny, la Polonia desde Munkacz á Lauenburgo, la Dinamarca en Renburgo, la Holanda en Groninga, la Flandes en Aquisgrán, la Suiza en Constanza, la Lombardía y Venecia en Roveredo, y rozaba por la Alsacia la Francia de hoy.

La Italia no estaba menos bien construída que el Santo Imperio. Cuando se examina, siglo por siglo, esas grandes formaciones históricas de pueblos y de Estados, se descubre en ellas á cada instante mil delicadas soldaduras, mil ingeniosas cinceladuras hechas por la mano de allá arriba, tan perfectas que acábase por admirar un continente como una pieza de orfebrería.

Menos grande y menos poderosa que la Alemania,

Italia, gracias á su sol, era más atenta, más revoltosa, y en apariencia más vivaz. La red de intereses estaba enredada de tal suerte que no pudiera romperse ni desenredarse jamás. De ahí un perpetuo y admirable balanceo, una continua intriga de todos contra cada uno y de cada uno contra todos; movimiento de hombres y de ideas que circulaba como la vida misma en todas las venas de Italia.

El duque de Saboya, situado en la montaña, era fuerte. Era un muy grande señor; era marqués de Susa, de Cléveris y de Saluzo, conde de Niza y de Mauriana, y tenía un millón de oro de renta. Estaba aliado con los suizos, que deseaban un vecindario tranquilo; era aliado de Francia, que necesitaba de aquel duque para hacer frontera á los príncipes de Italia, y que había pagado su amistad á costa del marquesado de Saluzo; era aliado de la casa de Austria, á la cual podía conceder ó rehusar el paso en caso de que hubiese querido llevar sus tropas del Milanesado á los Países Bajos, *que no son completamente tranquilos y se menean siempre en el mango,* como decía Mazarino; en fin, era aliado de los príncipes de Alemania, á causa de la casa de Sajonia, de la cual descendía. Fortificado en esa cuádruple alianza, parecía inexpugnable; pero como tenía tres pretensiones, una sobre Ginebra, contra la república, otra sobre Monferrato, contra el duque de Mantua, y la tercera sobre la Acaya, contra la Sublime Puerta, por ese lado apoderábase de él la política de vez en cuando para sacudirle ó revolverle. El duque de Toscana poseía un país que denominaban el *Estado de Hierro,* una frontera de fortalezas y una frontera de montañas, un millón quinientos mil escudos de renta, diez millones de oro en su tesoro y dos millones de joyas, quinientos caballos de caballería, treinta y ocho mil peones, doce galeras, cinco galeazas y dos galeones, su arsenal en Pisa, su puerto militar en la isla de Elba, su horno de galleta en Liorna. Estaba aliado con la casa de Austria por matrimonio, y con el duque de Mantua por parentesco; pero Córcega le malquistaba con Génova, la cuestión de los límites con el duque de Urbino, más pequeño que él; la envidia con el duque de Saboya, más grande que él. El defecto de sus montañas era el de hallarse abiertas por el lado del Papa; el defecto de sus fortalezas era el de ser fortalezas de guerra civil, hechas más bien contra el pueblo que contra el extranjero; el defecto de su autoridad era el de estar cimentada sobre tres repúblicas antiguas, Florencia, Siena y Pisa, fundidas y reducidas en una monarquía. El duque de Mantua era Gonzaga; además de Mantua, fortísima ciudad construída antes que Troya, y á la que sólo se puede entrar por algunos puentes, poseía sesenta y cinco villas, quinientos mil escudos de renta, y la mejor caballería de Italia; pero, como marqués de Monferrato, sentía el peso del duque de Saboya. El duque de Módena era Este; poseía Módena y Reggio; pero como duque pretendiente de Ferrara, sentía el peso del Papa. El duque de Urbino era Montefeltro; extendíase sobre sesenta millas de longitud y sobre treinta y cinco de anchura, poseía un poco de Umbría y un poco de las Marcas, siete villas, trescientos castillos y mil doscientos soldados aguerridos; pero, como vecino de Ancona, sentía el peso del Papa y le pagaba cada año dos mil doscientos cuarenta escudos. En el centro mismo de Italia, en un Estado de forma extraña que cortaba la península en dos como una faja, residía el Papa, del que tal vez más adelante describiremos en detalle el poderío como príncipe temporal. El Papa tenía en su mano las llaves del paraíso, lo que no le impedía tener bajo su mano izquierda la llave de la Italia inferior, Gaeta. Independientemente

del Estado de la Iglesia, era soberano y señor directo de los reinos de Nápoles y de Sicilia, de los ducados de Urbino y de Parma, y hasta Enrique VIII había recibido homenaje de los reyes bretones por Inglaterra é Irlanda. Era tanto más dueño de Italia, en cuanto Nápoles y Milán pertenecían á un rey ausente. Su grandeza moral era inmensa. Respetado de cerca, venerado de lejos, confiriendo sin empequeñecerse dignidades iguales á las realezas, coronando á sus cardenales con este altanero hexámetro: *Principibus præstant et regibus æquiparantur,* pudiendo dar sin pérdida, recompensar sin gasto y castigar sin guerra, gobernaba á todas las princesas de la cristiandad con la rosa de oro, que le costaba doscientos treinta escudos, y á todos los príncipes con la espada de oro, que le costaba doscientos cuarenta; y para hacer arrodillar humildemente á los emperadores de Alemania, los cuales podían poner en pie de guerra doscientos mil hombres, lo que representa hoy en día un millón de soldados, bastaba que les mostrase los birretes y los penachos de su guardia suiza, que le costaban doscientos escudos al año.

En el Norte de Europa vejetaban en la penumbra polar dos monarquías, demasiado lejanas, en apariencia, para agitar el centro. No obstante, en el siglo XVI, á petición de Enrique II, Cristián II, rey de Dinamarca, había podido enviar á Escocia diez mil soldados en cien naves. La Suecia poseía treinta y dos enseñas de setecientos peones cada una, trece compañías ordinarias de caballería, cincuenta velas en tiempo de paz, setenta en tiempo de guerra, y entregaba cada año siete toneladas de oro, unos cien mil thalers, al tesoro real. La Suecia apareció poco brillante hasta el día en que Carlos XII resumió toda su luz en un deslumbrador relámpago.

En aquella época, la Francia militar hablaba muy

alto en Europa; pero la Francia literaria balbuceaba aún. Inglaterra, para las naciones del continente, sólo era una isla considerable ocupada por un obscuro principio de revueltas interiores. La Suiza, y esta es su mancha á los ojos del historiador, vendía ejércitos al que los solicitaba. El que escribe estas líneas visitaba, hace algunos años, el arsenal de Lucerna. Al paso que admiraba las vidrieras del siglo XVI que el Senado lucernés ha estado á punto, según dicen, de dejarlas llevar por un financiero extranjero, mediante mil francos por ventana, llegó á una sala en que su guía le enseñó dos cosas: un grosero vestido de montañés junto á una pica, y un magnífico casacón encarnado galoneado de oro junto á una alabarda. El vestido grosero era el de los campesinos de Sempach; el casacón galoneado era el uniforme de la guardia suiza del emperador de Alemania. El visitante se detuvo delante aquella triste y pasmosa antítesis. Aquel harapo popular, aquella prenda imperial, aquel sayo de pastor, aquella librea de lacayo, eran toda la gloria y toda la vergüenza de un pueblo colgadas en dos clavos.

Algunos viajeros extranjeros que recorrían también el arsenal de Lucerna exclamaron, al pasar cerca el autor de este libro: *¿Qué hace esta alabarda al lado de esta pica?* No pudo eximirse de contestar: *Hace la historia de Suiza* (1).

(1) Los vituperios generales de la historia admiten siempre algunas restricciones individuales. Hay que circunscribir la severidad para quedar en lo justo y lo verdadero. Sin contradicción, y no obstante todos los motivos de economía política que se invocan en un excedente de población que se hubiera derramado más honrosamente en emigraciones ó en colonias, aquellas ventas de ejércitos hechas por un pueblo libre á todos los despotismos que necesitaban soldados, son una cosa inmoral y vergonzosa. Era, repitámoslo, transformar los ciudadanos en *condottieri,* un hombre libre en lansquenete, el uniforme en librea. Es desgraciadamente cierto que en el siglo XVII y hasta en el XVIII, el traje militar de los suizos capitulados tenía ese

El croquis que podemos hacer en nuestro espíritu acerca la Europa de aquella época, no sería completo si no nos figuráramos al Norte, en el crepúsculo de un invierno eterno, una extraña figura sentada, algo hacia acá del Don, en la frontera del Asia. Ese fantasma, que ocupaba las imaginaciones en el siglo XVII, como un genio, mitad dios, mitad príncipe de las *Mil y una noches*, se llamaba el gran knez de Moscovia.

Aquel personaje, más asiático que europeo, más fabuloso que real, reinaba en un vasto país periódicamente despoblado por las incursiones de los tártaros. El rey de Polonia poseía la Rusia Negra, esto es, la tierra; aquél poseía la Rusia Blanca, esto es, la nieve. Relatábanse cien hechos y cuentos de él en los salones de París, y mientras se extasiaban con las sextinas de Benserade á Julia de Angennes, preguntábanse para variar de conversación, si estaba bien probado que el gran knez podía poner en campaña trescientos mil caballos. La cosa parecía quimérica, y los que la declaraban imposible recordaban que el rey de Polonia Esteban había entrado victoriosamen-

---

aspecto. Es igualmente triste que la palabra suizo, que despierta en el espíritu una idea de independencia, pueda despertar también la idea de domesticidad. Tenemos todavía el *suizo* de los hoteles, el *suizo* de las catedrales. *Me hizo venir de Amiéns para ser suizo*. Pero sería inicuo extender la reprobación que levanta un hecho de nación, considerada en su conjunto, á todos los individuos, con frecuencia honorables y puros, que han participado de ese hecho ó lo han sobrellevado. Apresurémonos á proclamarlo: bajo esa librea, hay un héroe. Los suizos, aun los capitulados, han sido á menudo sublimes. Después de haber vendido su servicio, que podía comprarse, ha dado su fidelidad, que no podía pagarse. Abstracción hecha del lamentable origen, de los concordatos militares, bajo un cierto punto de vista histórico que el autor de este libro se halla muy lejos de repudiar, los suizos, por ejemplo, estuvieron admirables en las Tullerías. Es hermoso, tal vez, que la primera nación de Europa que dió su sangre por la naciente libertad, haya sido la última en darla por la moribunda realeza; y bajo este aspecto el 10 de Agosto de 1792 no es indigno del 17 de Noviembre de 1307.

te en Moscovia y estuvo á punto de conquistarla con sesenta mil hombres, y que en 1560 el rey de Mongul había ido á Moscou con ochenta mil caballos y la había incendiado. *El knez es muy rico*, escribía madama Pilou, *es señor y dueño de todo. Sus súbditos van á caza de pieles. Toma para sí las mejores y más caras, y se toma su parte á su voluntad*. Los príncipes de Europa, por curiosidad más que por política, enviaban al knez algunas embajadas casi irónicas. El rey de Francia vacilaba en tratarle de alteza. Era el tiempo en que el emperador de Alemania sólo daba al rey de Polonia el tratamiento de serenidad, y en que el marqués de Brandeburgo tenía á insigne honor el ser archichambelán del Imperio. Felipe Pernisten, á quien el emperador había enviado á Moscou para saber lo que era, regresó asustado por la corona del knez, que excedía en valor, decía, á las cuatro coronas reunidas del Papa, el rey de Francia, el rey católico y el emperador. Su traje estaba *completamente sembrado de diamantes, rubíes, esmeraldas y otras piedras grandes como avellanas*. Pernisten trajo como presente al emperador de Alemania *ocho cuarentenas de zobolas y de martas cebellinas, cada una de las cuales fué estimada en Viena en doscientas libras*. Y añadía, además, que los *circasianos de las montañas eran un grande estorbo para aquel príncipe*. Estimaba la infantería moscovita en *veinte mil hombres*. Fuesen como quiera aquellas narraciones orientales, era una distracción para Europa, ocupada entonces en tantas grandes guerras, oir de vez en cuando el diminuto choque de espadas divertido y lejano que hacía en su rincón el knez de Moscovia andando á cintarazos con el precoz príncipe de los tártaros.

Acerca su poder y su fuerza se tenían apenas algunas ideas muy inciertas. En cuanto á él, más lejano que el rey de Polonia, más lejano que el rey de Hun-

gría, majestad de cabeza rapada y largos mostachos, más distante que el duque de Lituania, príncipe ya muy salvaje á la vista, vestido con una pelliza y cubierto con una gorra de pieles, se le divisaba muy netamente, inmóvil sobre una especie de silla-trono, entre la imagen de Jesús y la imagen de la Virgen, con báculo, mitra, las manos llenas de sortijas, vestido con una larga túnica blanca, como el Papa, y rodeado de hombres cubiertos de oro de pies á cabeza. Cuando algún embajador europeo estaba con él, cambiaba de mitra todos los días para deslumbrarle.

Más allá de la Moscovia y del gran knez, más lejos aún y menos luminoso, podía distinguirse un país inmenso, en el centro del cual brillaba en la obscuridad el lago de Caniclu, lleno de perlas, y donde hormigueaban, cambiando entre sí monedas de corteza de árbol y conchas de mar, algunas mujeres llenas de afeites, vestidas, como la tierra no cultivada, de negro en verano y de blanco en invierno, y algunos hombres vestidos de pieles humanas de sus enemigos muertos y desollados. En el espesor de aquel pueblo, que practicaba ferozmente una religión compuesta de Mahoma, de Jesucristo y de Júpiter, en la monstruosa ciudad de Cambalusa, habitada por cinco mil astrólogos y guardada por innumerable caballería, se entreveía, en medio de rayos y vientos, sentado, con las piernas cruzadas, sobre un tapiz circular de fieltro negro, el gran khan de Tartaria, que repetía á intervalos con ademán terrible estas palabras grabadas en su sello: *Dios en el cielo, el gran khan en la tierra.*

Los ociosos parisienses contaban del khan, como del knez, cosas maravillosas. El imperio del khan de los tártaros había sido fundado, según decían, por el mariscal Cangusita, que llamamos actualmente Gengis-khan. La autoridad de ese mariscal era tanta, que fué obedecido un día por siete príncipes, á quienes

mandó que mataran á sus hijos. Sus sucesores no le iban en zaga. El nombre del gran khan reinante estaba escrito en el frontón de todos los templos en letras de oro, y el último de los títulos de aquel príncipe era *alma de Dios*. Compartía con el gran knez el reinado de las hordas. Un día, enterado por los astrólogos de que la ciudad de Cambalusa debía sublevarse, Cublai-khan hizo construir otra al lado, que denominó Taidu. Tal era el gran khan.

En el siglo XVII, no olvidemos que desde entonces sólo han transcurrido doscientos años, había fuera de Europa, al Norte y á Oriente, una serie fantástica de príncipes prodigiosos é increíbles, escalonados en la sombra; espejismo extraño, fascinación de los poetas y de los aventureros, que en el siglo XIII habían hecho soñar á Dante y partir á Marco Polo. Cuando se acercaban á aquellos príncipes, parecía que retrocedieran en la obscuridad; pero, al buscar su imperio, se encontraba ora un mundo, como Colón, ora una epopeya, como Camoens. Hacia la frontera septentrional de Europa, la primera de esas extraordinarias figuras, la más próxima y la mejor iluminada, era el gran duque de Lituania; la segunda, distinta aún, era el gran knez de Moscovia; la tercera, ya confusa, era el gran khan de Tartaria; y más allá de esas tres visiones, el gran jerife en su trono de plata, el gran sofi en su trono de oro, el gran zamorín en su trono de bronce, el gran mogol rodeado de elefantes y de cañones de bronce, y el cetro extendido sobre cuarenta y siete reinos, el gran lama, el gran catay, el gran dair, cada vez más vagos, cada vez más extraños, cada vez más enormes, iban perdiéndose unos tras de otros en las profundas brumas del Asia.